

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

LA COSTUMBRE

En mi jardín ha estallado una primavera anticipada. Luminosa y veloz. La energía dormida durante el invierno asoma en las yemas hinchadas de los árboles. Una vez más, su violencia me ha sorprendido. ¿Por qué, si siempre sucede así desde que el mundo es mundo? ¿No es una bobería asombrarse ante lo predecible? Interesante pregunta. Séneca se quejaba de la rueda incesante de las cosas: “La noche empuja al día, el día a la noche, el estío termina en el otoño, al otoño le acucia

la primavera; así que toda cosa pasa para volver. No hago nada nuevo, no veo nada nuevo; a fin de cuentas, esto da náuseas. Muchos son los que piensan que no es ácida la vida, sino superflua”. Séneca era un aburrido, y no le acompañaré en su tedio vital. Hace mucho tiempo, tomé la firme decisión de no acostumbrarme a las cosas. Me parece terrible la facilidad con que nos habituamos a todo, a lo bello o a lo terrible. La costumbre nos vuelve colaboracionistas con el empobrecimiento del mundo. Intentaré evitarlo. No quiero habituarme a un gesto de ternura, ni a un regalo, ni a una tragedia, ni a una injusticia. Y tampoco, claro está, quiero acostumbrarme a la primavera.

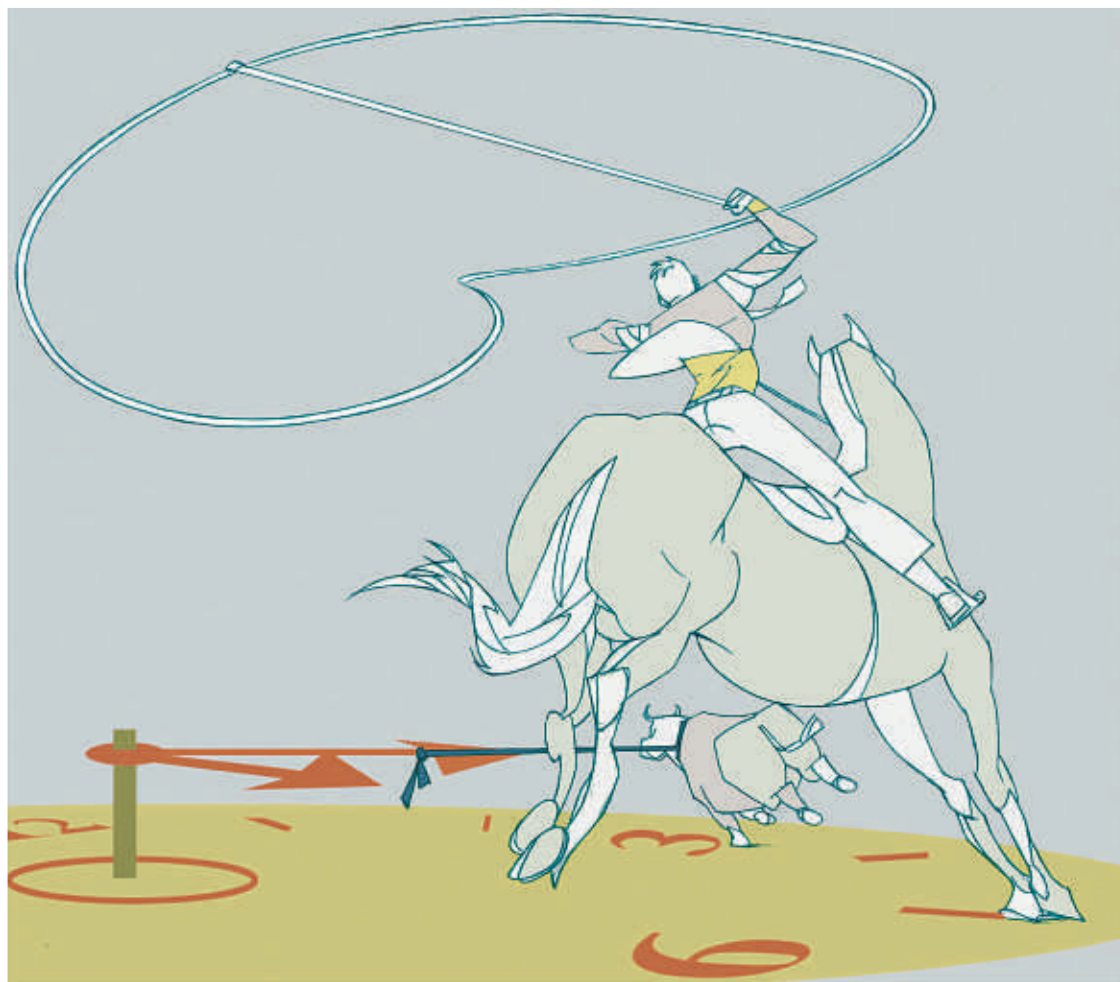
Este afán de situarnos ante lo bello *como si* fuera la primera vez que lo vemos me parece la esencia de una poesía vital, práctica, diaria, en las antípodas del talante de nuestros clásicos, por ejemplo.

“Todo lo cotidiano es mucho y feo”, expectoró Quevedo. “La rutina es la ordinaria carcoma de las cosas. La mayor satisfacción pierde por cotidiana, y los hartazgos de ella enfadan la estimación, empalagan el aprecio”, escribió Gracián, otro aburrido. En cambio, me siento muy cercano a Claude Monet, que durante veinte años pintó una y otra vez los nenúfares de su jardín. ¿Es que no se aburría de pintar siempre lo mismo? ¿Es que no pintaba siempre lo mismo! Su problema era, precisamente, que la luz cambiaba continuamente y él lo que quería pintar era la luz transformándose en nenúfar. Y también me siento próximo a Goethe, que nos recomienda desacostumbrarnos de lo cotidiano “y en lo bueno, bello y noble vivir resueltamente”.

ME SIENTO CERCANO A MONET, QUE DURANTE VEINTE AÑOS PINTÓ UNA Y OTRA VEZ LOS NENÚFARES DE SU JARDÍN

El ser humano se vuelve inquieto y trivial cuando le invade la concupiscencia de las novedades. El zapping como forma de vida produce eccemas emocionales, una comezón permanente. El sabio Kierkegaard escribió un libro sobre la repetición. Quería saber cómo se puede mantener el fervor o el

entusiasmo en la rutina. Tal vez los niños posean el secreto, porque les gusta oír una y otra vez el mismo cuento, sin cambios. A los adultos nos pasa algo parecido con la música: disfrutamos oyendo muchas veces la misma pieza. También los enamorados se alegran con la monotonía de las mismas palabras. Esto me hace pensar que la actitud produce el fenómeno. Que no estamos aburridos porque las cosas sean aburridas, sino que son aburridas porque estamos aburridos. La inercia nos somete a la pesadez de la realidad. La energía poética, transfiguradora, capaz de convertir en sorprendente todo lo bello, nos salva. Lo dicho: no quiero acostumbrarme. Me voy al jardín porque las forsythias están a punto de mostrar su surtidor de oro. Los antiguos llamaban gloria a este esplendor visible. Me voy, pues, a la gloria. ■



Raúl